

Universidad de la República
Ciencias de la Comunicación

Periódicos: *Museos de minucias efímeras*

Seminario- Taller de Análisis de la Comunicación

Prof.: Lisa Block

Febrero 2006

Belén Riguetti
C.I.: 3.346.428-1

Índice

Índice	2
I. Justificación	3
II. Contexto histórico	5
<i>a. Situación política</i>	
<i>b. Comienzos de la revolución</i>	
<i>c. Antecedentes y atentado</i>	
<i>d. Fin de la revolución</i>	
III. Periódicos: Museos de minucias efímeras	10
IV. Argumentos de persuasión. Retórica clásica	13
<i>a. Las tres especies de la retórica</i>	
<i>b. La acusación como argumento</i>	
V. Verosimilitud en Borges y Borda	19
VI. Conclusión	21
VII. Hacia el final	22
VIII. Bibliografía	23
IX. Índice de anexos	24

I. Justificación

“Toda visión particular del pasado, real o imaginaria, fáctica o mítica, escrita u oral, forma parte integrante del sistema cultural que la ha creado y que le da su autenticidad y su idoneidad. Al reflejar las estructuras sociales y políticas, al dejar entrever las fuentes del poder y de la autoridad, la imaginación histórica es la expresión de las prerrogativas de los que hacen uso de ellas; por estar a menudo en la confluencia de la religión y el mito y por manifestar a veces un auténtico talento artístico, ilustra la cultura de la que procede y procura perfeccionarla propugnando sus valores y sus principios más valiosos.”¹

W.R. JONES

En un artículo titulado “Del mito a la historia” Georges Dumézil plantea el sutil límite entre la mitología y la historia de un pueblo, en su caso el indoeuropeo. El autor se pregunta: “¿en qué momento en la imagen que se forja una sociedad de sus orígenes y de su pasado, pasa a ser preponderante lo que corresponde a los *hechos*, a lo auténtico, aunque esté adornado?”². Dumézil afirma que estos relatos, situados en épocas remotas, pertenecen a culturas carentes de escritura. A partir de la existencia de documentación esa invasión mitológica en la historia es difícil, sino imposible. Pero, como el mismo autor señala: “... la historia es permeable y maleable. Ocurre que la ideología –el *credo* laico de una cultura, sin la intervención

¹ JONES, W.R; *Historia y diversidad de las culturas*. “Conflictos de interpretación: historia y tradición, diálogo y asimilación.” Pág. 201. Ediciones del Serbal. UNESCO 1984. Barcelona- España.

² DUMÉZIL, George; *Historia y diversidad de las culturas*. “Del mito a la historia.” Ediciones del Serbal. UNESCO. Barcelona. 1984

de una mitología- es la que tiende a entrar en posesión de los acontecimientos registrados y a darles, a falta de una forma, una finalidad y un valor de ejemplo”³.

Cuando nos alejamos de la disciplina histórica, en la que existe un método de investigación y un sistema de validación, la información se transforma en un conjunto de ideas más o menos segmentadas. De esta situación parte este análisis. Fue entre dudas e interrogantes que transité entre páginas editoriales de Carlos María Ramírez, Eduardo Acevedo, y la pluma de Jorge Luis Borges. Fue a partir de un cuento de este último que me acerqué al tema: el asesinato del Presidente uruguayo Idiarte Borda. Gracias a las pocas páginas de “Avelino Arredondo” se abrió ante mi un abanico de acontecimientos y personajes a veces contradictorios, a veces coincidentes.

No hay explicación para la fascinación que esta figura histórica tan cuestionada ejerce cuando se accede a lo que en su momento se publicó. ¿Es tal vez la muerte trágica de un tirano en manos de un hombre común empleado de un simple comercio; es el fin ejemplificante de su destino o simplemente el fruto de “la creación de unos letrados deseosos de encarnar su ideología en figuras poderosas”⁴?

Sin duda los hechos ocurrieron más o menos como los libros de historia relatan, la finalidad de este análisis no es poner en tela de juicio la veracidad histórica de los mismos. En todo caso lo que me propongo es analizar desde el punto de vista de la comunicación lo que expusieron los diferentes protagonistas y cómo con el correr de los años muchas de esas voces se fueron acallando.

³ *Ibidem*. Pág. 69

⁴ *Ibidem*. Pág. 68

II. Contexto histórico

a. Situación Política

La elección de Idiarte Borda, nacido en Mercedes, el 20 de abril de 1844, constituyó un cambio en el tipo de político que venía accediendo al poder desde 1873. Ni militar ni doctor, este hacendado fue electo Presidente después de los 21 días en que estuvo reunida la Asamblea General sin llegar a reunir los votos necesarios.⁵

La asociación entre los hombres de negocios y la dirigencia del *colectivismo*, alcanzó su máxima expresión al asumir la Presidencia de la República Juan Idiarte Borda.

“Pese a sus cualidades personales y a sus aptitudes de administrador, Idiarte Borda no pudo evitar que su régimen perdiera el apoyo de buena parte del empresariado rural *blanco* y que le fuera hostil el alto comercio montevideano...Con todo, esa oposición pudo haberla sobrellevado sí, al mismo tiempo no se hubiera levantado, dentro de las filas *coloradas*, la de los elementos de las clase media de la *ciudad-puerto*, lideradas por José Batlle y Ordóñez; y en la campaña, la revolución *blanca* de Aparicio Saravia”⁶

Durante la gestión administrativa de Idiarte Borda se consolidaron obras y servicios de interés público: *La Compañía Nacional de Luz Eléctrica* fue nacionalizada y fueron construidas líneas ferroviarias a Mercedes y Colonia. Pero fue la fundación del Banco República, en agosto de 1896, lo más destacado de su mandato.

⁵ La Asamblea General estuvo reunida desde el 1º al 21 de marzo de 1895.

“El exclusivismo político del círculo *colectivista* y la sistemática aplicación de la coacción y del fraude electoral utilizados para mantener su hegemonía desataron una oposición que habría de terminar en la revolución blanca de 1897.”⁷

Entre los opositores más fuertes estaban los *blancos* emigrados en Buenos Aires⁸ y un sector urbano formado en torno del EL NACIONAL, dirigido por Eduardo Acevedo Díaz. Entre los colorados, el sector popular liderado desde EL DÍA por José Batlle y Ordóñez fue el más crítico.

En lo político, la campaña nacionalista se centró en el sistema que permitía al Poder Ejecutivo manejar los resortes electorales. Al respecto, durante este período, se formó de modo permanente el Registro Cívico, las Juntas Electorales y la comisiones inscriptoras, así como también se legisló la publicación del registro, los reclamos y tachas. Una ley de elecciones generales que contenía normas tendientes a otorgar garantías en los comicios. A pesar de esto, las nuevas leyes sancionadas no atenuaron la situación ni calmaron los ánimos.

b. Comienzos de la Revolución

A principios de 1897 el ambiente revolucionario era colectivo. La llamada Junta de Guerra, en Argentina y el ejército liderado por Aparicio Saravia en Brasil recibían centenares de emigrados para sumarse a sus filas.

El 30 de junio partió desde Montevideo una comisión para intentar una fórmula de paz. Se entrevistaron con Saravia y con Muniz, no logrando evitar el

⁶ REYES ABADIE- VAZQUEZ ROMERO, *Crónica General del Uruguay*. “El Uruguay del Siglo XIX.” Ediciones de la Banda Oriental. Montevideo. Vol. III Pág. 498.

⁷ *Ibíd.* Pág. 502.

⁸ “En filas del Partido Blanco, que ahora había popularizado la denominación de *Partido Nacional*, sus principales dirigentes urbanos emigrados en Buenos Aires habían constituido , hacia 1889, una Comisión

enfrentamiento en Aceguá, de todas formas obtuvieron la firma, el 16 de julio, de un armisticio de 20 días.

“Las propuestas de Rodríguez Larreta, modificadas por Saravia y Lamas, consistían, primeramente, en que el Poder Ejecutivo se comprometiera a elegir Presidente el 1º de marzo al Dr. José Pedro Ramírez, líder del Partido Constitucional, aunque *colorado* ardiente en su juventud. Apenas firmada la paz, el Presidente nombraría jefes políticos nacionalistas para ocho departamentos que se enumeraban. El próximo gobierno reformaría las leyes electorales, garantizando a todos los ciudadanos la libertad de sufragio. Por último, se proponían las cláusulas habituales de amnistía, reposición de oficiales revolucionarios destituidos y una suma para gastos de pacificación.”⁹

Tanto por las restricciones al gobierno como por las aspiraciones de los negociadores¹⁰ los oficialistas formularon una contra propuesta ministerial: 4 jefaturas, en realidad 3, ya que Cerro Largo era asignada a Justino Muniz. Esta nueva oferta no tuvo respuesta porque el Dr. Duvimioso Terra, presidente interino del Comité de Buenos Aires, declaró terminadas las conversaciones. Frente a esta reacción Aparicio Saravia desconoció a la Dirección del Partido Nacional (a la cual pertenecía Terra) quedando en sus manos y en el Consejo (con sus 14 componentes) la continuación de las negociaciones. Como nuevo delegado se nombró a Carlos A. Berro para, en nombre del ejército revolucionario, prosiguiera las gestiones ante el gobierno.

La misión de Berro fracasó ante la rigidez gubernamental en el problema de las jefaturas y las negativas del *coloradismo* de aceptar al candidato propuesto. En consecuencia, el 23 de agosto le fueron entregados los pasaportes para salir del país.

Directiva” REYES ABADIE- VAZQUEZ ROMERO, *Crónica General del Uruguay*. “El Uruguay del Siglo XIX.” Ediciones de la Banda Oriental. Montevideo. Vol. III Pág. 504.

⁹ REYES ABADIE- VAZQUEZ ROMERO, Op. Cit. Pág. 522.

¹⁰ El Teniente General Máximo Tajés pretendía fundar su candidatura a partir de la victoria sobre la revolución.

“Entre tanto, el clamor por la paz era recogido en un manifiesto redactado por Francisco Bauzá, con la firma de 51 legisladores; en él se propendía el otorgamiento de concesiones mutuas, la sanción de una nueva ley de elecciones, la provisión de jefaturas con titulares blancos y una amplia amnistía. Al día siguiente, más de 200.000 personas, número excepcional en la época, desfilaron por las calles de Montevideo en manifestación pro: Paz a todo trance.”¹¹

Esta era la situación al llegar el 25 de agosto. Una paz, en apariencia inalcanzable, con la amenaza de la prolongación de la guerra “La figura de Idiarte Borda se hacía el centro de la impopularidad y su imprudente resolución de festejar la fecha patria con Te Deum en la Catedral, desfile militar y función de gala en el teatro Solís, produjo una impresión desastrosa.”¹²

c. Antecedentes y atentado

Después de los combates en Arbolito y Tres Arboles, cuatro meses antes del atentado que diera muerte a Idiarte Borda, otro joven llamado Juan Antonio Ravecca arremetió contra el mandatario. En momentos en que Idiarte Borda descendía del carruaje en la puerta de su casa, ubicada en 18 de Julio, Ravecca, revólver en mano y apuntando al cuello, intentó matarlo. No logró herirlo porque el arma no se disparó lo cual dio tiempo al Coronel Juan Turenne para desarmar al agresor. Ante el Juez, Ravecca declaró “Que quería matar al Presidente, porque no hacía la felicidad del país, ni conseguía la paz, ni gobernaba con los dos partidos”.¹³

El 25 de agosto, después del rechazo de las últimas negociaciones de paz, Avelino Arredondo ultimó al presidente con un tiro de revólver. Arredondo

¹¹ REYES ABADIE-VAZQUEZ ROMERO, Op. Cot. Pág. 522.

¹² Idem.

“presenciaba el desfile de la comitiva presidencial que había concurrido al Te Déum de la Catedral y se dirigía a pie hacia la Casa de Gobierno”¹⁴ . En la calle Sarandí, frente a la plaza Constitución calló muerto Idiarte Borda. Cuentan las crónicas de la época, recogidos en algunos libros que relatan la historia, que Arredondo preguntó antes de disparar quién era el presidente, “El de la banda”. Se cuenta también que las últimas palabras del Presidente fueron: “Estoy muerto”.

“En su declaración ante el Juzgado del Crimen, dijo Arredondo que su plan databa de cinco a seis meses atrás y que se había ido alejando de todos sus amigos, para no comprometer a ninguno de ellos. Más adelante, después de cumplida su condena, manifestó en un reportaje que no había tenido cómplices; que a nadie había comunicado sus planes; que no había leído los diarios del día del atentado, que su plan tenía una semana de incubación; que le parecía una injusticia la desgracia que pesaba sobre el país”¹⁵.

d. Fin de la revolución

En setiembre de 1897, con el pacto de la Cruz se puso fin a la revolución blanca. Con garantías electorales de seis Jefaturas políticas nacionalistas. Los fundamentos fueron similares a la paz de Abril de 1872, en aquel momentos fueron cuatro las jefaturas concedidas.

“La paz haría posible la disolución de las Cámaras “colectivistas” y conservadoras, por la vía del golpe de estado de Juan Lindolfo Cuestas, presidente del Senado en ejercicio del Poder Ejecutivo, impulsado por la enérgica acción de Batlle y Ordóñez... y apoyado por la dirigencia del Partido Nacional y del Constitucional. Todos esos grupos integraron el Concejo de Estado que nombraría

¹³ ALVAREZ FERRETJANS, Daniel; *Crónica del Periodismo en el Uruguay*. Fundación Hanns Seidel. Editado por Ingenio S.A. Montevideo. Pág. 286.

¹⁴ *Ibidem*. Pág. 286.

¹⁵ *Idem*.

Cuestas, quien fue designado Presidente constitucional de la República el 1º de marzo de 1899”¹⁶

III. Periódicos: *Museos de minucias efímeras*

Hacia fines del siglo XIX, en el campo de las telecomunicaciones, comienza la tecnificación de los modos de comunicación “instantáneos”.¹⁷ A partir de la utilización del telégrafo y del sistema telefónico, los periódicos cobran una agilidad informativa no alcanzada hasta aquel momento. Con la importancia adquirida durante la primer mitad del siglo se transforman en el primer medio de comunicación masivo.

Cuando en 1886 José Batlle y Ordóñez funda EL DÍA circulaban en el país 21 diarios y 40 publicaciones periódicas, totalizando un tiraje de 30.000 ejemplares. Diez años después, al comenzar el primer levantamiento armado bajo el mando de Aparicio Saravia, el Gobierno de Idiarte Borda, invocando el estado de guerra, decreta, el 1º de diciembre de 1896, la prohibición de “publicar, de cualquier modo, las noticias que sobre el movimiento de fuerzas armadas provengan de informaciones particulares, debiendo atenerse únicamente a las publicaciones oficiales”¹⁸ se prohibía también comentar la situación política del momento bajo pena de la “suspensión del diario y la clausura del establecimiento tipográfico donde se haya editado”.¹⁹

En un libro publicado por las hijas de Idiarte Borda cuarenta años después de su muerte, escriben lo siguiente al respecto: “En el decurso de toda su vida Juan Idiarte Borda había abogado siempre por la libertad de imprenta y la libre expresión

¹⁶ *Ibidem*. Pág. 287

¹⁷ En 1882 se funda la “Compañía de Telefónica de Montevideo” y en 1884 la “Compañía Telefónica del Río de la Plata”.

¹⁸ ALVAREZ FERRETJANS, Daniel; *Op Cit*. Pág. 279.

¹⁹ *Idem*.

de las ideas... Al asumir la presidencia de la República, soporta serenamente la oposición de ciertos diarios, estando en su mano el poder de hacerlos callar”.²⁰

Según sus hijas, en un almuerzo celebrado en 1895, el Presidente formuló ciertas declaraciones: “Que está resignado a sufrir las iras de la oposición concretada en cinco o seis diarios... tiene deberes que cumplir, amigos que amparar e ideales que llevar a la realización, sin preocuparse de lo que la prensa publique ni de lo que por calles y plazas se murmure; que la opinión pública entre nosotros no es otra cosa que un niño que no sabe lo que quiere, y que si hoy accedía a satisfacer un capricho, mañana y pasado y cada día le impondría una nueva exigencia”²¹

Esa reticencia a asumir a la opinión pública y a la prensa escrita como agentes socializadores ²² posiblemente y entre otras cosas, responde a la oposición entre dos culturas basadas en la escritura. Heredera de la elite ilustrada el lector cultivado acogía con desagrado el contenido de la prensa dirigido al “hombre común”.

Con la comunicación de masas comienza a gravitar en la sociedad una nueva forma de lo que Gramsci llama “intelectual orgánico”²³ . Este tipo de periodismo, el integral - como dice el autor- “es el que no solo pretende satisfacer todas las necesidades de su público sino que quiere crear y desarrollar estas necesidades y, por consiguiente, suscitar, en cierto sentido, su público y ampliar progresivamente su

²⁰ IDIARTE BORDA, Celia; *Juan Idiarte Borda, su vida su obra*. Imprenta López. Bs.As. Argentina 1939. Pág. 411.

²¹ *Ibidem*. Pág. 412

²² El papel de los medios de comunicación – y más de los de masas- como agencia de socialización crece frente a otros tradicionales como la escuela o la familia, influenciando en la conformación del imaginario social rector de la conducta cotidiana.

²³ “Se puede observar que los “intelectuales orgánicos” – que toda nueva clase crea consigo misma y desarrolla son, en el mejor de los casos, “especializadores” de aspectos parciales de actividad primitiva del tipo social que la nueva clase ha hecho nacer” GRAMSCI, Antonio; *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Nueva Visión, 1984.

área”.²⁴ Este tipo de periodista, intelectual que participó a finales del S XIX y principios del XX, se confunde con el actor político, nada sorprendente teniendo en cuenta que “su función fue la de la participación activa en la vida práctica, como constructor, organizador, permanentemente persuasivo”.²⁵

“Por entonces la propaganda política a través de la prensa escrita – principalmente la de EL DÍA, voceado en las calles por quienes Florencio Sánchez, llamaría canillitas...había comenzado a tener directa influencia en los sectores populares, en creciente alfabetización por el doble efecto sumado del impulso vareliano de la Escuela Pública gratuita y de los sectores politizados de la inmigración.

Por lo demás, algo similar ocurría con EL NACIONAL de Acevedo Díaz. Era, sin duda, una importante transformación de los medios de comunicación y, a la vez, de la relación entre dirigencia política y las bases partidarias, que iba haciendo posible que la doctrina programática, los esquemas racionales, fueran insertándose en la conciencia cívica de las nuevas clases medias y dando paso a la figura del líder orientador y de aptitud tribunicia por sobre el carisma del caudillo tradicional, aunque sin sustituirlo; más bien, se trató de incluirlo, como raíz de personalidad estilo de conducta y expresión”.²⁶

El error de Idiarte Borda, en lo político, fue “ no comprender los cambios que se estaban produciendo en la vida nacional y el empuje de los partidos populares...actuar sin flexibilidad y servir a las orientaciones de su círculo²⁷” Enrique Mena Segarra: “La mala ventura de Idiarte Borda lo colocó en la situación ideal para convertirse en chivo expiatorio de las culpas de todo un régimen que no había creado, pero que tampoco quiso que evolucionara”²⁸

²⁴ *Ibidem*. Pág. 69

²⁵ *Ibidem*. Pág. 29

²⁶ REYES ABADIE- VAZQUEZ ROMERO, Op. Cit. Pág. 507.

²⁷ *Ibidem*. Pág. 502

²⁸ *Idem*.

Idiarte Borda fue durante su mandato el representante indudable de un régimen “*oligárquico* y de cerrado exclusivismo... que justamente ha merecido la unánime condena de la historiografía tradicional”.²⁹

IV. Argumentos de persuasión. Retórica clásica

a. Las tres especies de la retórica

“*Sócrates*: Me parece, Gorgias, que ahora has expuesto casi con exactitud lo que, según tú, es la retórica; y si te he entendido bien dices que es artífice de la persuasión y que toda actividad y el coronamiento de su obra acaban en esto. ¿Puedes decir que su potencia se extiende a más que producir el ánimo de los oyentes?”

PLATÓN³⁰

La política además de ser el “arte de gobernar y dar leyes conducentes a asegurar la buena marcha del Estado” es “el arte o maña con que se emplean los medios para la consecución de un fin determinado”.³¹ Como tantas cosas, el pensamiento político, tuvo su origen en la civilización griega, “...la retórica resulta ser un tipo de ramificación de la dialéctica³² y del estudio de los comportamientos al que podríamos denominar justamente política.”³³ Fueron los *sofistas* los primeros en ocuparse del “arte de la persuasión”. La retórica es la capacidad de persuadir por medio de la palabra, especialmente cuando se tratan asuntos públicos.

²⁹ *Ibídem*. Pág. 503

³⁰ PLATÓN, *Diálogos*, “Gorgias”. Editorial Gredos. Madrid. 1992. Pág. 33

³¹ DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO ILUSTRADO SOPENA. Barcelona. 1977, volumen IV.

³² Para Aristóteles la *Retórica* es la facultad de considerar para cada caso lo que puede ser convincente, la *Dialéctica* es el arte de razonar sobre problemas que se extienden a partir de cosas plausibles. Referencia en CICERÓN, *Orador*. Pág. 114.

³³ ARISTÓTELES, *Retórica*. Ediciones Libertador. Buenos Aires, Argentina. 2004, pág. 25.

Dos milenios después los métodos utilizados en la retórica son fácilmente reconocibles en artículos editoriales de finales del 1800. Sin descartar el empleo de este tipo de recursos en los medios de comunicación y en la política actual, es gracias a la distancia histórica que podemos identificarlos con más facilidad. Héctor Borrat afirma que la retórica “abre una perspectiva para descubrir esa conexión de texto y contexto que es inherente a cualquier discurso que busca comprometer el interés, los valores o las emociones de la audiencia”³⁴.

La posición aristotélica con relación a la retórica es opuesta a la socrática. Para Aristóteles la retórica está al servicio de la causa justa.

La búsqueda de argumentos convincentes para cada caso, es característica de esta disciplina, pero también lo es la capacidad de producir en el destinatario un determinado efecto. “Hay tres tipos de argumentos según el discurso: los que residen en el comportamiento del que habla; los que ponen al oyente en una determinada disposición; y los del propio discurso, o sea, los que demuestran o parecen demostrar”.³⁵ Los primeros de estos son los que refieren al emisor, se basan en la confianza, estima o credibilidad que provoquen; los segundos son los que predisponen, de manera deliberada, un determinado estado de ánimo en el receptor; y por último los referidos al mensaje. “Las especies de la retórica son tres e implican tres factores: quién habla, de qué habla y para quién”.³⁶

Es evidente la búsqueda de un efecto en los lectores cuando, el 24 de agosto de 1897, Eduardo Acevedo publica en EL SIGLO, con referencia a la conmemoración de la declaratoria de la independencia, lo siguiente: “Nadie quiere ir al teatro la noche del 25 de Agosto. Aunque haya parada, las calles van a estar desiertas. Todas las puertas van a estar cerradas.” Se exhorta a la ciudadanía a la no

³⁴ BORRAT, Hector; *El periodismo actor político*, Ed. Gustavo Gilli, Barcelona.1989. Pág. 102.

³⁵ ARISTÓTELES, Op.Cit. Pág. 24.

concurrancia a las fiestas. Con certeza Eduardo Acevedo afirma que el pueblo ya condenó dicha celebración.

b. La acusación como argumento

“Suponiendo que todos, tanto los que reprueban y alaban como los que exhortan y disuaden o los que acusan y defienden, intentan demostrar lo que dicen, planteando algo grande o pequeño, honroso o vergonzoso, justo o injusto, sean porque lo refieren al objeto del discurso, porque forma parte de una comparación, es evidente que necesitan disponer de premisas referidas a la grandeza o pequeñez, a lo mayor y lo menor, tanto en general como en particular”

ARISTÓTELES³⁷

i. El planteo aristotélico afirma que “en el juicio puede haber defensa o acusación, pues indudablemente los litigantes han de hacer una de las dos cosas”.³⁸

El extenso artículo de Carlos María Ramírez, publicado en LA RAZÓN el 25 de agosto de 1897, es una larga acusación contra el presidente Idiarte Borda.

“Habría que tratar a continuación de la acusación y la defensa y de cuántas premisas y de cuáles hay que formar los razonamientos. Tres son los aspectos que se han de tratar: uno, la naturaleza y el número de las razones por las que se delinque; dos, la disposición de ánimo con que se hace, y tres contra quiénes y en qué situación.”

En la primera parte se plantea la situación política del momento, se menciona la derogación del decreto que “amordazaba” a la prensa y se define el texto como “propaganda política”.³⁹ Esta enumeración de sucesos, salpicado de expresiones

³⁶ *Ibídem.* Pág. 35.

³⁷ *Ibídem.* Pág. 37.

³⁸ *Ibídem.* Pág. 35.

³⁹ En el primer párrafo ya se empieza a perfilar la opinión de Carlos María Ramírez, el autor realiza una introducción exponiendo la “calamidad de la guerra”, “la muerte de orientales y la dilapidación de la riqueza

como: “Quedó mutilada la solución pacífica, quedaron bastante defraudadas las esperanzas del país”, introducen al lector, de forma ilustrativa y didáctica, en la atmósfera imperante.

En la segunda parte, aunque continúa con la exposición de la situación, el giro del discurso es importante. Poco a poco va tomando un tinte menos informativo y más de opinión. Se introduce un “personaje”, el doctor Berro, en contraposición a la figura de Idiarte Borda. Es Berro el “emisario de paz”, en quien recae la tarea de mediar y conquistar por vías diplomáticas la deposición de las armas. Es por tanto el depositario de las virtudes que tan difícil encomienda necesita. Aristóteles dice que los “componentes de la excelencia son: la justicia, la sabiduría, la valentía, la magnanimidad, la moderación, la sensatez, la liberalidad, la afabilidad.”⁴⁰ Berro es quien representa estas virtudes, puesto que “buscó en todos sus recursos de hombre culto un medio directo o indirecto de arrancar al señor Idiarte Borda alguna fracción patriótica”. Esta excelencia como persona y político hace aún más visible las debilidades del Presidente. Siguiendo la línea aristotélica: “si algo es posible a personas inferiores, más débiles o más estúpidas, lo será más lo contrario.”⁴¹ Por lo tanto en la oposición de las figuras de Borda y Berro es donde se potencian sus diferencias. “Por ejemplo, si es posible que un hombre sane, también lo es que enferme, ya que dos contrarios, en tanto que contrarios, tienen la misma virtualidad.”⁴²

pública y privada”. Termina con una oración tajante: “La misma intransigencia y la misma obcecación nos llevan nuevamente al abismo de la guerra civil”

⁴⁰ARISTÓTELES, Op.Cit. Pág. 68

⁴¹ Ibídem. Pág. 178

⁴² Ibídem. Pág. 177

"Sea la ira un anhelo de venganza manifiesta, acompañado de pesar, incitado por una depreciación o menosprecio manifiesto contra uno mismo o contra algún cercano, sin que el menosprecio fuera justificado. Si en consecuencia la ira es eso, es imprescindible que quien se sufre lo haga siempre con una persona concreta, pero no contra el hombre en general...⁴³"

ii. Carlos María Ramírez señala especialmente al presidente Idiarte Borda como único responsable del fracaso de las negociaciones de paz. El entorno político del presidente no es blanco de ataques, y mucho menos el "hombre en general", el cual ve como "imprescindible establecer la tranquilidad pública por un acuerdo de los partidos en armas", lo cual queda demostrado por la "manifestación imponente de treinta mil personas en las calles de Montevideo."

En lo que tiene que ver con el entorno presidencial y con el resto de la fauna política, Carlos María Ramírez destaca que "lo que más maravilla en todo caso es que el Señor Idiarte Borda saca la ciega intransigencia de su conducta, no del medio ambiente en que vive, sino exclusivamente de su corazón, o de la rara complexión de su intelecto". No son solo los dirigentes políticos los que se declaran contrarios a la guerra, son también "sus propios defensores, los que más han expuesto su vida para sostener a los poderes constituidos, los que han hecho llegar hasta el eco, elocuciones de inspiraciones fraternales." Son los hombres de guerra, "el mismo Teniente General Tajés, a quien se ha acusado de obstaculizar esos trabajos, escribe y dice a todo el mundo, que en los actuales sucesos, no es general de guerra, sino general de paz."

⁴³ Ibídem. Pág.117

“Es indiscutible que el orador debe mover con sus palabras a sus oyentes, para disponerlos a la indignación, y presentar a los adversarios como culpables de aquello por lo que nos indignamos y tenedores de las cualidades que mueven a la indignación.”⁴⁴ De esta manera en este artículo se presenta a Idiarte Borda como “un negociador imperioso, irritado, rajante, que fija sus condiciones a guisa de ultimátum, y que exige respuestas perentorias, sin admitir el más tímido conato de discusión.”

Hacia el final del texto se aborda el tema de los festejos de 25 de agosto. A diferencia de Eduardo Acevedo en EL SIGLO, en el artículo de LA RAZÓN, Carlos María Ramírez centra su argumentación en un relato: “En los primeros años de cristiandad, San Ambrosio, obispo o arzobispo de Milán, cerró la puerta del templo al Emperador Teodosio, exigiéndole que antes de penetrar en el recinto sagrado se purificase de la sangre derramada en Tesalónica.” De esta forma ilustra la figura y la actitud tanto del Presidente como del Arzobispo y de él mismo.

Este pasaje le confiere estatus al autor, lo que refuerza su credibilidad al demostrar su sapiencia. La última estocada es, si se quiere, la menos directa: “han pasado ya los tiempos de ardiente fe, y los prelados no se yerguen, vencedores sobre los omnipotentes de la tierra.” La indudable referencia al Arzobispo Mariano Soler que siendo representante del poder divino es arrastrado, con o sin su consentimiento, hacia la prepotencia (llamada por el autor *omnipotencia*), al hacer la voluntad del Presidente sin tener en cuenta el “clamor popular”.

La potestad que en el relato es ejercida por San Ambrosio se traslada aquí al pueblo que, en la voz de Carlos María Ramírez, reclama la purificación de mandatario.

⁴⁴ *Ibídem.* Pág. 122

V. Verosimilitud en Borges y Borda.

“El país estaba maduro para la rebelión; algo, sin embargo, fallaba siempre: algún traidor había en el cónclave⁴⁵”

JORGE LUIS BORGES, “Tema del traidor y del héroe”

En “Avelino Arredondo”⁴⁶, cuento perteneciente a *El libro de Arena*, Borges relata los días previos al asesinato de Idiarte Borda desde la perspectiva del magnicida. En este caso la literatura se nutre de la realidad para plantear una conjetura. Borges pone los hechos como telón de fondo dejando margen para lo hipotético, para la ficción. Lo que *debe ser*, no tiene que ver con lo que sucedió ese 25 de agosto de 1897, no es, como dice Gerard Genette:

“... ni lo verdadero ni lo posible...pero se tiende a identificar cada vez más netamente la verosimilitud con lo que *debe ser*. Esta identificación y la oposición entre verosimilitud y verdad son enunciados al mismo tiempo típicamente platónico... La verdad es casi siempre defectuosa por la mezcla de condiciones singulares que la componen. No nace nada en el mundo que, desde el momento de nacer, no se aleje de la perfección de su idea. Es necesario buscar originales y modelos de la verosimilitud y en los principios universales de las cosas”.⁴⁷

El texto de Borges es verosímil porque responde a una ideología implícita aceptada.

“Esta opinión real o supuesta, es prácticamente lo que se llama hoy una ideología, es decir, un conjunto de máximas y prejuicios que constituye a la vez una visión del mundo y un sistema de valores”.⁴⁸

⁴⁵ BORGES, Jorge Luis; *Ficciones*. “Tema del traidor y del héroe.” Ed. Emecé. Buenos Aires, Argentina 1996.

⁴⁶ BORGES, Jorge Luis; *Obras Completas 1923-1972*. “Avelino Arredondo.” Ed. Emecé. Buenos Aires, Argentina 1974.

⁴⁷ GENETTE, Gerard; “Verosimilitud y Motivación”. En: Maldoror 20. 1985 Pág. 61

⁴⁸ *Ibidem*. Pág. 62

Esta ideología implícita responde a la idea que tenemos sobre el castigo al tirano. Arredondo, al haberse alejado de sus amigos y al no haber leído los diarios de la fecha, se transforma en un altruista. La última oración del cuento lo ejemplifica: “Así habrán ocurrido los hechos, aunque de modo más complejo; así puedo soñar que ocurrieron.” Con la utilización del verbo en futuro perfecto (*habrán ocurrido*), el autor refuerza la idea de que el pasado está en el territorio de la mera conjetura. Si hubiera escrito: *Así ocurrieron*, o, *Así han ocurrido*, tiempo indefinido y pluscuamperfecto, la idea sería totalmente opuesta, lo que cuenta sería lo que ocurrió.

En Borges la imagen de Arredondo es la representación del hombre que cumple con el destino de forma individual y que redime al resto. Es la exaltación de la persona que imparte justicia donde no la hay. Moralmente sus acciones son aceptadas, puesto que, además de responder a un mandato de su conciencia, no se deja influenciar ni perjudica a nadie de su entorno. Lo que le interesa a Borges es la relatividad moral. Idiarte Borda, en cambio, representa al traidor.

Si bien el concepto de lo verosímil se ha manejado con relación con la ficción⁴⁹, la larga biografía de Idiarte Borda, resulta perfecta para comparar en términos de verosimilitud dos estilos diferentes. Los acontecimientos narrados en la biografía no resultan verosímiles. Con el devenir histórico la figura de Idiarte Borda no trascendió (ni siquiera existe en Montevideo una calle que lo recuerde). Su figura se asocia a la corrupción y al fraude. En cambio la imagen que sus hijas muestran es prácticamente la de un prócer.

⁴⁹ “Desde Aristóteles, el tema del teatro, y, extensivamente, de toda ficción, no es ni lo verdadero ni lo posible, sino lo verosímil, pero se tiende a identificar cada vez más netamente la verosimilitud con lo que *debe ser*” GENETTE, Greard; “Verosimilitud y Motivación.” En: Maldoror 20. 1985. Pág. 61

La biografía del mandatario afirma que la muerte de su padre fue producto de un complot.

“Está en la conciencia pública que el asesinato del Presidente Idiarte Borda fue premeditado y preparado con varios meses de anticipación... También el crimen había sido propuesto en las logias. La masonería, que no contaba a Idiarte Borda entre sus adeptos, no podía perdonar a éste su independencia.”⁵⁰

Acusan a varias personalidades de la época de idear el asesinato. Entre los señalados está Batlle y Ordóñez.

“Unos días antes del asesinato Batlle penetró con otra persona en una peluquería y sin reparar en que lo podían oír dijo acaloradamente: “Hay que matar a Idiarte Borda”. Un cliente que se encontraba allí, refirió al Presidente, a quien lo ligaban lazos de amistad y parentesco, la frase oída.”⁵¹

VI. Conclusión

Es compleja la trama de sucesos y acontecimientos en los que centré este análisis. Lo que en un principio carecía de forma se transformó a lo largo de la investigación en un conjunto de datos articulables. Surgió entonces una idea, o más bien una sensación, todas las fuentes consultadas jamás superaron a las escasas páginas que exponían sin demasiada “parafernalia” estos días de tanto conflicto.

El único texto sin pretensiones de “verdad” resulta ser el que impresiona como más cercano a lo aceptablemente posible. Es Borges el que de forma impecable compone los personajes y el clima reinante.

⁵⁰ IDIARTE BORDA, Celia; *Juan Idiarte Borda, su vida su obra*. Imprenta López. Pág. 411. Buenos Aires, Argentina. 1939. Pág. 461

⁵¹ *Ibidem*. Pág. 462

Mi sensación es diametralmente opuesta frente a la prensa consultada. El lenguaje lapidario de los periodistas de la época los hace blanco de la más inquietante sospecha. La riqueza en recursos retóricos clásicos resulta un exceso cuando se enfrenta a la mirada actual.

VII. Hacia el final

Es llegando al final de estas páginas que me permito exponer de forma sucinta algunas experiencias y sensaciones personales.

A lo largo de estos últimos meses descubrí viejas formas de periodismo que no dejan de impresionarme. Lo primero que llamó mi atención fue la diagramación de los periódicos del SXIX. Con el primer rollo de microfilm, comencé a experimentar una especie de claustrofobia intelectual intentando leer las saturadas páginas de EL DIA. Este sistema no facilitó en nada mi tarea.

El término *valioso* es perfecto para describir el tipo de documentos utilizados en este trabajo. Desde el punto de vista de la economía, tienen más valor objetos únicos o muy buscados. Alguien debe tener este concepto muy presente porque en todos los periódicos de la Biblioteca Nacional misteriosamente faltan los ejemplares con las crónicas del 25 de agosto de 1897.

Como en todos los ordenes de la vida, en esta investigación las cosas buenas también se presentaron. Con previa autorización, logré acceder al original de LA RAZÓN. Tener en mis manos algo tan frágil desde el punto de vista material y al mismo tiempo tan importante por su contenido, fue una experiencia muy gratificante.

VIII. Bibliografía

ALVAREZ FERRETJANS, Daniel; *Crónica del Periodismo en el Uruguay*. Fundación Hanns Seidel. Editado por Ingenio S.A. Montevideo. 1986.

ARISTÓTELES, *Retórica*. Ediciones Libertador. Buenos Aires, Argentina. 2004.
BORGES, Jorge Luis; *Ficciones*. "Tema del traidor y del héroe." Ed. Emecé. Buenos Aires.1996.

BORGES, Jorge Luis; *Obras Completas 1923-1972*. "Avelino Arredondo." Ed. Emecé. Buenos Aires.1974.

BORRAT, Héctor; *El periodismo actor político*, Ed. Gustavo Gilli, Barcelona.1989.

DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO ILUSTRADO SOPENA. Barcelona. Volumen IV. 1977

DUMÉZIL, George; *Historia y diversidad de las culturas*. "Del mito a la historia." Ediciones del Serbal. UNESCO. Barcelona. 1984

GENETTE, Greard; "Verosimilitud y Motivación." En: Maldoror 20. 1985.

IDIARTE BORDA, Celia; *Juan Idiarte Borda, su vida su obra*. Imprenta López. Buenos Aires. 1939.

JONES, W.R; *Historia y diversidad de las culturas*. "Conflictos de interpretación: historia y tradición, diálogo y asimilación." Ediciones del Serbal. UNESCO. Barcelona.1984.

PLATÓN, *Diálogos*, "Gorgias". Editorial Gredos. Madrid. 1992.

REYES ABADIE- VAZQUEZ ROMERO, *Crónica General del Uruguay*. "El Uruguay del Siglo XIX." Ediciones de la Banda Oriental. Montevideo. Vol. III

Publicaciones Periódicas:

ACEVEDO DÍAZ, Eduardo; *Las fiestas del 25 de agosto*. En: EL SIGLO, Montevideo, 24 de agosto de 1897.

RAMÍREZ, Carlos María; *Actualidad*. En: LA RAZÓN, Montevideo, 25 de agosto de 1897.

Índice de anexos

Trascripción del artículo: <i>Actualidad</i> . En: LA RAZÓN, Montevideo, 25 de agosto de 1897	25
Trascripción del artículo: <i>Las Fiestas del 25 de agosto</i> . En: EL SIGLO, Montevideo 24 de agosto de 1897	30
Trascripción del prólogo del libro: <i>Juan Idiarte Borda, su vida, su obra</i> .	31
“Avelino Arredondo”, <i>El libro de arena</i> , Jorge Luis Borges	32
Breve historia de EL SIGLO y LA RAZÓN	36

Trascripción del artículo de:

LA RAZON

25 de agosto de 1897

Actualidad

“Cuando la actitud del Cuerpo Legislativo obligó a derogar el decreto que amordazaba a la prensa, reanudamos nuestra propaganda política evocando en unos cuantos rasgos los antecedentes de la lucha armada, para decir enseguida: “Por no transgredir en lo más mínimo, se ha desencadenado sobre el país la calamidad de la guerra; y ahora, cuando la tenemos encima, habiendo hecho derramar sangre de orientales en casi todo el territorio de la República y devorado millones y millones de la riqueza pública y privada, perturbando además todas las funciones de la organización social, el país está todavía condenado a preguntar con angustia si la misma intransigencia y la misma obcecación no van a dar por resultado el fracaso definitivo de las negociaciones de paz. Un mes ha transcurrido y ya está dada la respuesta. La misma intransigencia y la misma obcecación nos llevan nuevamente al abismo de la guerra civil!

Tal vez no está completa la publicación de todos los documentos que se relacionan con las negociaciones que acaban de fracasar. Notamos sobre todo la misión de algo parecido al texto que se hubiera aprobado para formular las demás condiciones de paz, en caso de que los revolucionarios se hubieran resignado a aceptar tres jefaturas políticas. Lo referente a la reforma electoral había sido, a nuestro juicio, de capital interés; y esta omisión puede obstar a que abracemos en toda su amplitud el conjunto de las cuestiones que se han debatido, pero dejando consignada esa salvedad, nos parece que de los elementos conocidos se desprende una opinión abrumadora para los procedimientos del señor Idiarte Borda. Esa opinión es casi unánime entre los habitantes de Montevideo, y vamos a exponerla sin recargo de comentarios ni de epítetos.

El primer eslabón de la cadena que se ha roto está en las bases de Aceguá . era la principal de estas bases, la proclamación de una candidatura presidencial. ¿No era viable, ni posible, la que preferían los jefes revolucionarios, fuera la de su propio partido? Cabía el recurso de proponer otra, que tuviese idéntico programa de

probidad política, sin estimular antojadizas y vetustas explotaciones de partidismo colorado. Para el país nada más necesario y urgente que la terminación de la guerra, pero si esto mismo se consiguiera resolviendo con acierto el problema del 1 de marzo de 1898 la solución sería radical, en el sentido de los más grandes intereses nacionales. No sucede lo mismo respecto de los pequeños intereses personales. Estos quieren a todo trance reservarse las imposiciones y las trapisondas de la última hora; en la próxima elección y por esto fue rechazada in límine la proclamación anticipada de una candidatura presidencial. Quedó mutilada la solución pacífica, quedaron bastante defraudadas las esperanzas del país; pero la manifestación imponente de treinta mil personas en las calles de Montevideo dio elocuente testimonio de que así mismo era imprescindible establecer la tranquilidad pública por un acuerdo de los partidos en armas.

Las negociaciones tomaron otro carácter. Entre el ministro de gobierno y los doctores Herrera y Golfarini solo se produjo una dificultad insuperable. Estos últimos habrían suscripto el convenio de paz mediante la concesión de seis jefaturas políticas, incluyendo la del departamento de Cerro Largo, que podría permanecer bajo la influencia moral del general Muniz. El Ministro de Gobierno, invocando ordenes terminantes del señor Idiarte Borda, declaraba además que, además del departamento de Cerro Largo, confiado siempre a un amigo del General Muniz, solo se concederían tres departamentos. Durante esta divergencia, el Comité de Buenos Aires desaprobó la conducta de sus negociadores, porque se contentaban con seis jefaturas, y el jefe militar de la revolución desconoció los actos del Comité. La presión moral de la opinión pública era tan poderosa en aquellos momentos, que el señor Idiarte Borda se vio obligado a permitir que del ejército revolucionario viniera un comisionado especial para continuar las negociaciones. Mientras tanto el armisticio cesaba y se reanudaban las hostilidades.

Cuando el doctor Berro salió del ejército, sus jefes ignoraban que el señor Idiarte Borda se obstinase en no conceder sino cuatro departamentos, incluyendo el de Cerro Largo para los partidarios el general Muniz. Al contrario, tenían motivos para presumir que la cláusula de las jefaturas era fácil de arreglar por seis, o en otros términos, por el mismo número de la paz de abril de 1872, pues entonces, estando el país dividido en trece, se concedieron cuatro departamentos, uno de los cuales fue Canelones, bien se podría hoy cuando la República está dividida en diecinueve departamentos, conceder seis, sin comprometer Canelones, que es el

más importante de todos. Bajo estas impresiones llegó el doctor Berro a Nico Pérez; y ahí supo lo que ocurría. Siguió viaje a Montevideo, y en esta capital encontró a su vez la fuerza moral de la opinión pública absolutamente decidida por la paz, aún cuando fuese indispensable sacrificar dos o tres jefaturas a la conocida y reconocida intransigencia del señor Idiarte Borda. El doctor Berro se dio cuenta de la inmensa responsabilidad que pesaba sobre él, y fue a visitar al presidente de la República, anheloso de hallar en él estímulos o palabras que lo alentasen a firmar la paz sin estricta sujeción a las instrucciones que había recibido. Esa entrevista ha sido el verdadero escollo de las negociaciones.

Tratándose de una persona de las dotes del señor Idiarte Borda, no es seguro que sus frases y su actitud respondan siempre al propósito que parecen revelar; pero puede afirmarse que todo lo que dijo a bizo en su conversación con el doctor Berro hubiera podido decirlo y hacerlo con ánimo deliberado y siniestro de hacer imposible la celebración de la paz. Desde luego, consideró eliminada la intervención del Ministro de Gobierno, hombre amable, bonachón, no extraño al arte de conquistar simpatías personales, y se presentó el mismo como negociador único en la nueva faz del asunto. Un negociador imperioso, irritado, rajante, que fija sus condiciones a guisa de ultimátum, y exige respuestas perentorias, sin admitir el más tímido conato de discusión. Entre la espada y la pared estaba el doctor Berro

- `¿Cerro Largo para un amigo del general Muniz?´
- `Si, señor, para un amigo del general Muniz.´
- `¿ Y cuáles serán los otros tres departamentos?´
- `Los que yo designe, eso es de mi particular incumbencia.´

Se trataba sin embargo, de una cláusula de paz, para facilitar la Paz!

- `¿Y quiénes serán los ciudadanos q a quienes el señor Presidente confiará esos tres departamentos?´
- `Los que yo nombre en uso de mis atribuciones constitucionales.´
- `¿Pero serán de los que han concurrido al actual movimiento o simpatizado con él?´
- `Solo puedo decir que serán del partido nacional.´

Pero una buena parte del partido nacional ha hecho fuego sobre el ejército revolucionario, con el cual se trata de transar! Virtualmente quedaba anulada la cláusula de las tres jefaturas. El doctor Berro buscó en todos sus recursos de hombre culto un medio directo o indirecto de arrancar al señor Idiarte Borda alguna fracción patriótica, alguna apreciación equitativa sobre el carácter de concordia cívica que podía tener el convenio de paz, y sólo oyó de sus labios palabras soberbias y jactanciosas, semejantes a las que tantas veces ha hecho estampar en su diario oficial. Los recientes sucesos ninguna enseñanza encierran para él. Está perfectamente seguro de que su política ha sido previsor, principista, generosa, magnánima, y le parece inconcebible que todavía haya quienes desconozcan, con las armas, con la palabra o con la pluma, todas las excelencias de su incomparable gobierno. Ofrece amenazado y no disimula que poco le afectará el rechazo de sus ofrecimientos difíciles, cerrados, comprometidos por reticencias peligrosas, lanzadas como se lanza un reto, en un arranque de indignación y de soberbia. Ese pobre pacto que se estaba elaborando en condiciones estrechas y de suyo difíciles, solo podía ser garantía de desarme, base de estabilidad, promesa de paz y de rehabilitación política, si los partidos que por él transasen sus sangrientas querellas supiesen darle un significado moral superior al sentido literal de sus cláusulas. Había que levantarlo como una bandera de reconciliación, como un programa de recíproca enmienda, consagrado por la unanimidad de las aspiraciones patrióticas, en una hora suprema de peligros y dolores. Solo así podía consumarse; solo así podía dar frutos saludables; pero el señor Idiarte Borda se abocó directamente la jurisdicción de la causa para poner en las negociaciones de paz el espíritu adusto y violento que había podido aplicar al debate de una simple capitulación militar, respecto de vencidos que están ya por deponer las armas en las postrimerías de una plaza sitiada. Así quedó malograda en la casa particular del señor Idiarte Borda, en su malhadado tête á tête con el señor Berro, la noble iniciativa que había tenido comienzo en Aceguá, la inmensa aspiración en cuyo triunfo ha cifrado el país durante largos días tan halagüeñas y tenaces esperanzas. En aquella hora fatal, recibieron las negociaciones una herida de muerte; y todo lo que se ha hecho después, en nuevos esfuerzos del patriotismo conservador, ha tenido muchos puntos de semejanza con los remedios desesperados que se emplean para tratar de salvar a un enfermo desahuciado. Deseábamos que los

jefes revolucionarios aceptasen la reducción de las jefaturas pedidas para sus correligionarios; pero estamos persuadidos de que si la hubiesen hecho así, el señor Idiarte Borda habría ergotizado sobre cualquiera de las otras cláusulas que no estaban definitivamente redactadas, y habría hecho prevalecer su verdadero ideal: concluir la guerra por la guerra, y tener a la opinión pública desarmada e impotente para la cuestión del 1º de Marzo de 1898.

Lo que más maravilla en todo caso es que el señor Idiarte Borda saca la ciega intransigencia de su conducta, no del medio ambiente en que vive, sino exclusivamente de su corazón, o de la rara complejión de su intelecto. Sus propios defensores, los que más han expuesto su vida para sostener a los poderes constituidos, han hecho llegar hasta el ecos, elocuciones de inspiraciones fraternales. El señor Villar, al final del parte detallado de la batalla de Cerros Blancos, hizo una condenación explícita de las guerras fratricidas y proclamó que los odios y rencores del pasado no tienen ya razón de ser ni causa que los justifique. El general Muniz, al terminar el parte detallado de los combates de Aceguá, aplaudió la patriótica iniciativa de los trabajos de pacificación. El mismo Teniente General Tajés, a quien se ha acusado de obstaculizar esos trabajos, escribe y dice a todo el mundo, que en los actuales sucesos, no es general la guerra, sino general la paz. Este es el sentimiento de los generales que defienden al señor Idiarte Borda, y no de otro modo ha revelado el suyo la mayoría del Cuerpo Legislativo en el manifiesto que redactó el señor Bauzá. Ese documento ha dado la nota más alta del patriotismo en la actual contienda siendo de notar que sus ideas tienen el asentimiento de muchos senadores y representantes que por circunstancias especiales no le dieron su firma. Ni la fuerza, ni la Asamblea han sido obstáculo para la celebración de la paz; una y otra la deseaban y la quieren; y la mejor prueba de que el señor Idiarte Borda impone sus interérese y su voluntad en la continuación de la guerra, es que se ha resistido obstinadamente a convocar a los personajes civiles y militares del partido colorado para oír su juicio sobre las bases de pacificación. Si hubiese verificado esa consulta, tan indicada y exigida por las circunstancias, habría tenido que hacer la paz, y por eso, para seguir guerreando, ha procedido por si solo!

Entretanto hoy, aniversario de la independencia patria, cuando corre en nuestros campos sangre de los orientales, y se arruina y devasta el país, y sufren

intensamente todas clases de la sociedad, desde el obrero hasta el funcionario público, el señor Idiarte Borda se entrega al placer de las fiestas suntuosas y se presenta en la catedral de Montevideo para dar gracias al Todo –Poderoso por los bienes que ha derramado sobre la patria y sobre su propia persona. En los primeros años del cristianismo, San Ambrosio, obispo o arzobispo de Milán, cerró la puerta del templo al Emperador Teodosio, exigiéndole que antes de penetrar en el recinto sagrado se purificase de la sangre derramada en Tesalónica. Han pasado ya los tiempos de ardiente fe, y los prelados no se yerguen, vencedores sobre los omnipotentes de la tierra; pero hoy, a la hora de Te –Deum, cuando el señor Idiarte Borda suba por las gradas de nuestra catedral, se oirá en los espacios la voz ahogada de todo un pueblo que grita: “antes de ir a posar las rodillas en el almohadón de terciopelo rojo, ve a purificarte de la sangre que ha hecho y hace derramar tu obcecada intransigencia.”

Carlos María Ramírez

Trascripción del artículo de:

EL SIGLO

Martes 24 de agosto de 1897

Las fiestas de 25 de agosto

“Lucidas van a estar las fiestas con que el gobierno de Don Juan Idiarte Borda se dispone a conmemorar el aniversario de nuestra independencia.

El pueblo está de duelo. Han fracasado las negociaciones de paz. Ha vuelto a derramarse sangre de orientales. ¿Qué humor puede haber para fiestas?

No parece sino que se hubiera pasado una especie de consigna en la población. Nadie quiere ir al teatro la noche del 25 de Agosto. Aunque haya parada, las calles van a estar desiertas. Todas las puertas van a estar cerradas. Y hasta el Te Deum va a estar chifle. Sabemos de muchos funcionarios y empleados públicos que le niegan resueltamente su asistencia.

Era natural. Celebrar fiestas en medio de la guerra civil llegando hasta el extremo de subvencionar compañías teatrales cuando no se paga a los empleados ni se atiende deliberadamente a los heridos, es hacer beña del sufrimiento público. ¿Qué menos pueden hacer las clases sociales, que abstenernos a concurrir a ese oficial regocijo y evitar que se les confunda con los que después de haber arruinado el país y hecho fracasar la paz, van a reírse y a divertirse a sus expensas?

Hace muy bien el pueblo. Cuando la sangre corre y el país se arruina, y se piden en vano pan y trabajo, no queda humor para ir al templo y a la parada y al teatro a festejar aniversarios. Que vayan los que se gozan en el aniquilamiento del país, pero que vayan solos!

Eduardo Acevedo Díaz

Trascripción del prólogo del libro:

Juan Idiarte Borda, su vida su obra.

“Después de cuarenta años que ha desaparecido del escenario político del Uruguay una figura de relieve de la de nuestro padre Don Juan Idiarte Borda, cumplimos con un deber de dar a la publicidad este libro, basado en documentos auténticos e inéditos de su archivo que se halla en nuestro poder.

Si recién hoy nos decidimos a divulgar muchos antecedentes de su vida y de su obra, es porque fatigadas de esperar en la justicia de los hombres, o en una reacción noble e imparcial de nuestros conciudadanos, comprendemos que sólo un interés afectivo y la veneración a su memoria, podrán mover la apatía o el olvido de sus contemporáneos.

Su correspondencia nos ha servido de jalones y nos han guiado desde los comienzos de su vida, a través de sus trabajos y de sus luchas, hasta su ascensión al poder. Todas las copias o borradores que publicamos están debidamente firmados de su puño y letra, como si hubiera previsto al escribirlos el destino que les reservaba el porvenir. Hasta ahora la Historia Nacional ha sido escrita por personas interesadas en los acontecimientos que referían, tomando sus informaciones al azar,

sin la debida investigación, o que han puesto su erudición al servicio de sus ideas personales, excluyendo las verdaderas fuentes, que son los archivos.

Así han resultado obras parecidas, incompletas o tendenciosas. Hemos tratado, en cuanto ha sido posible, de relatar los hechos lo más escuetamente, con toda escrupulosidad, sin dejarnos llevar por la imaginación; porque estamos convencidas que las biografías noveladas, hoy tan apreciadas y solicitadas por su lectura amena, no aportan ningún dato eficaz, ni tienen valor ante la Historia.

Deseamos que nuestro modesto trabajo pueda servir a las nuevas generaciones, para hacerles conocer la personalidad de un hombre público casi ignorado, cuando no calumniado, y que supo ejercer la primera Magistratura de su país con patriotismo y desinterés.”

Noviembre de 1938

Celia Idiarte Borda
María Ester Idiarte Borda

El libro de arena, Jorge Luis Borges

“Avelino Arredondo”

El hecho aconteció en Montevideo, en 1897.

Cada sábado los amigos ocupaban la misma mesa lateral en el Café del Golbo, a la manera de los pobres decentes que saben que no pueden mostrar su casa o que rehuyen su ámbito. Eran todos montevidianos; al principio les había costado amistarase con Arredondo, hombre de tierra adentro, que nos se permitía confidencias ni hacía preguntas. Contaba poco más de veinte años; era flaco y moreno, más bien bajo t tal vez algo torpe. La cara habría sido casi anónima, si no la hubieran rescatado los ojos, a la vez dormidos y enérgicos. Dependiente de una mercería de la calle Buenos Aires, estudiaba Derecho a ratos perdidos. Cuando los otros condenaban la guerra que asolaba el país y que, según era opinión general, el presidente prolongaba por razones indignas, Arredondo se quedaba callado. También se quedaba callado cuando se burlaban de él por tacaño.

Poco después de la batalla de Cerros Blancos, Arredondo dijo a los compañeros que no lo verían por un tiempo, ya que tenía que irse a Mercedes. La noticia no inquietó a nadie. Alguien le dijo que tuviera cuidado con el gauchaje de Aparicio Saravia; Arredondo respondió, con una sonrisa, que no les tenía miedo a los blancos. El otro, que se había afiliado al partido, no dijo nada.

Más le costó decirle adiós a Clara, su novia. Lo hizo casi con las mismas palabras. Le previno que no esperara cartas, porque estaría muy atareado. Clara, que no tenía costumbre de escribir, aceptó el agregado sin protestar. Los dos se querían mucho.

Arredondo vivía en las afueras. Lo atendía una parda que llevaba el mismo apellido porque sus mayores habían sido esclavos de la familia en tiempo de la Guerra Grande. Era una mujer de toda confianza; le ordenó que dijera a cualquier persona que lo buscara que él estaba en el campo . Ya había cobrado su último sueldo en la mercería .

Se mudó a una pieza del fondo , la que daba al patio de tierra. La medida era inútil pero lo ayudaba a iniciar esa reclusión que su voluntad le imponía .

Desde la angosta cama de fierro en la que fue recuperando su hábito de sestar , miraba con alguna tristeza un anaquel vacío . Había vendido todo sus libros , incluso los de introducción al derecho. No le quedaba mas que una Biblia que nunca había leído y que no concluyó .

La curso página por página a veces con interés y a veces con tedio y se impuso el deber de aprender de memoria algún capítulo del Éxodo y el final del Eclesiastés . No trataba de entender lo que iba leyendo . Era libre pensador , no dejaba pasar una noche sin repetir el padre nuestro que le había prometido a su madre al venir a Montevideo. Faltar a esa promesa filial podría traerle mala suerte .

Sabía que su meta era la mañana del día veinticinco de agosto .Sabía el número preciso de días que tenía que transponer . Una lograda la meta , el tiempo cesaría o mejor dicho , nada importaba lo que aconteciera después esperaba la fecha como quien espera una dicha y una liberación. Había parado su reloj para no estar siempre mirándolo, pero todas las noches, al oír las doce campanadas oscuras, arrancaba una hoja del almanaque y pensaba un día menos.

Al principio quiso construir una rutina. Matear, fumar los cigarrillos negros que armaba, leer y repasar una determinada cuota de páginas, tratar de conversar con Clementina cuando ésta le traía la comida en una bandeja, repetir y adornar cierto

discurso antes de apagar la candela. Hablar con Clementina, mujer ya entrada en años, no era muy fácil, porque su memoria había quedado detenida en el campo y en lo cotidiano del campo.

Disponía así mismo de un tablero de ajedrez en el que jugaba partidas desordenadas que no acertaban con el fin. Le faltaba una torre que solía suplir con una bala o con un vintén.

Para poblar el tiempo, Arredondo se hacía la pieza cada mañana con un trapo y un escobillón y perseguía a las arañas. A la parda no le gustaba que se rebajara a esos menesteres, que eran de su gobierno y que, por lo demás, él no sabía desempeñar.

Hubiera preferido recordarse con el sol ya bien alto, pero la costumbre de hacerlo cuando clareaba pudo más que su voluntad. Extrañaba muchísimo a sus amigos y sabía sin amargura que éstos no lo extrañaban, dada su invencible reserva. Una tarde preguntó por él uno de ellos y lo despidieron desde el zaguán. La parda no lo conocía; Arredondo nunca supo quién era. Ávido lector de periódicos, le costó renunciar a esos museos de minucias efímeras. No era hombre de pensar ni de cavilar.

Sus días y sus noches eran iguales, pero le pesaban más los domingos.

A mediados de julio conjeturó que había cometido un error al parcelar el tiempo, que de cualquier modo nos lleva. Entonces dejó errar su imaginación por la dilatada tierra oriental, hoy ensangrentada, por los quebrados campos de Santa Irene, donde había remontado cometas, por cierto petiso tubiano, que ya habría muerto, por el polvo que levanta la hacienda, cuando la arrear los troperos, por la diligencia cansada que venía cada mes desde Fray Bentos con su carga de baratijas, por la bahía de La agraciada, donde desembarcaron los Treinta y Tres, por Hervidero, por cuchillas, montes y ríos, por el Cerro que había escalado hasta la farola, pensando que en las dos bandas del Plata no hay otro igual. Del cerro de la bahía pasó una vez al cerro del escudo y se quedó dormido.

Cada noche la virazón traía la frescura, propicia al sueño. Nunca se desveló.

Quería plenamente a su novia pero se había dicho que un hombre no debe pensar en mujeres, sobre todo cuando le faltan. El campo lo había acostumbrado a la castidad. En cuanto al otro asunto... trataba de pensar lo menos posible en el hombre que odiaba.

El ruido de la lluvia en la azotea lo acompañaba.

Para el encarcelado o el ciego, el tiempo fluye aguas abajo, como por una leve pendiente. Al promediar su reclusión Arredondo logró más de una vez ese tiempo casi sin tiempo. En el primer patio había un aljibe con un sapo en el fondo; nunca se le ocurrió pensar que el tiempo de el sapo, que linda con la eternidad, era lo que buscaba.

Cuando le fecha no estaba lejos, empezó otra vez la impaciencia. Una noche no pudo más y salió a la calle. Todo le pareció distinto y más grande. Al doblar una esquina, vio una luz y entró en un almacén. Para justificar su presencia, pidió una caña amarga. Acodados contra el mostrador de madera conversaban unos soldados. Dijo uno de ellos:

-Ustedes saben que está formalmente prohibido que se den noticias de las batallas. Ayer tarde nos ocurrió una cosa que los va a divertir. Yo y unos compañeros de cuartel pasamos frente a La Razón. Oímos desde afuera una voz que contravenía la orden. Sin perder tiempo entramos. La redacción estaba como boca de lobo, pero lo quemamos a balazos al que seguía hablando. Cuando se calló, lo buscamos para sacarlo por las patas, pero vimos que era una máquina que le dicen fonógrafo y que habla sola.

Todos se rieron.

Arredondo se había quedado escuchando. El soldado le dijo:

- ¿Qué le parece el chasco, aparcerero?

Arredondo guardó silencio. El de uniforme le acercó la cara y le dijo:

- Gritá en seguida: Viva el Presidente de la Nación, Juan Idiarte Borda!

Arredondo no desobedeció. Entre aplausos burlones ganó la puerta. Ya en la calle lo golpeó una última injuria.

- El miedo no es sonso ni junta rabia.

Se había portado como un cobarde, pero sabía que no lo era. Volvió pausadamente a su casa.

El día veinticinco de agosto, Avelino Arredondo se recordó a las nueve pasadas. Pensó primero en Clara y sólo después en la fecha. Se dijo con alivio: Adiós a la tarea de esperar. Ya estoy en el día.

Se afeitó sin apuro y en el espejo lo enfrentó la cara de siempre. Eligió una corbata colorada y las mejores prendas. Almorzó tarde. El cielo gris amenazaba llovizna; siempre se lo había imaginado radiante. Lo rozó un dejo de amargura al

dejar para siempre la pieza húmeda. En el zaguán se cruzó con la parda y le dio los últimos pesos que le quedaban. En la chapa de la ferretería vio rombos de colores y reflexionó que durante casi dos meses no había pensado en ellos. Se encaminó a la calle Sarandi. Era día feriado y circulaba muy poca gente.

No habían dado las tres cuando arribó a la Plaza Matriz. El Te Deum ya había concluido; un grupo de caballeros, de militares y de prelados, bajaba por las lentas gradas del templo. A primera vista, los sombreros de copa, algunos aún en la mano, los uniformes, los entorchados, las armas y la túnicas, podían crear la ilusión de que eran muchos; en realidad, no pasarían de una teintena. Arredondo, que no sentía miedo, sintió una suerte de respeto. Preguntó cuál era el presidente. Le contestaron:

- Ese que va al lado del arzobispo con la mitra y el báculo.

Sacó el revólver e hizo fuego. Idiarte Borda dio unos pasos, callo de bruce y dijo claramente:

- Estoy muerto.

Arredondo se entregó a las autoridades. Después declarararía:

- Soy colorado y lo digo con todo orgullo. He dado muerte al Presidente, traicionaba y mancillaba a nuestro partido. Rompí con los amigos y con la novia, para no complicarlos; no miré diarios para que nadie pueda decir que me han incitado. Este acto de justicia me pertenece. Ahora, que me juzguen.

Así habrán ocurrido los hechos, aunque de un modo más complejo; así puedo solar que ocurrieron.

Jorge Luis Borges

Breve historia de EL SIGLO y LA RAZÓN

a. Carlos María Ramírez (1848-1898)

En 1868, era EL SIGLO el diario de mayor importancia tanto por la autoridad de su palabra como por su distribución.

“El director político era José Pedro Ramírez, que se hallaba entonces en el cenit de su popularidad y de su prestigio, conquistado con su elocuencia tribunicia, con su pujanza de polemista, con la elevación y la pureza de los principios que predicaba...”

52

El joven Carlos María Ramírez entraba a la vida pública de manos de su prestigioso hermano.

“Orador, literato, publicista, versado ya en la ciencia constitucional y en la ciencia económica, reunía Carlos María un caudal de conocimientos que al mismo tiempo que servían de reflector de su brillante imaginación, lo ponían en aptitud de afrontar las tareas –entonces ardua- del periodismo doctrinario... El prestigio de EL SIGLO era inconmensurable. Lo que hacía emocionante y dramática su propaganda, contribuyendo a aumentar su popularidad, era el hecho de que todo el país sabía que detrás de cada artículo de polémica existía un hombre, que detrás del diario había un grupo de hombres dispuestos a asumir la responsabilidad de sus opiniones y de sus actos en todos los terrenos.”⁵³

Carlos María Ramírez se separa de EL SIGLO en 1870, para fundar el partido “Constitucional”.

En LA RAZÓN participaron varias personalidades: José Batlle y Ordóñez aunque por un período corto; Carlos María Ramírez; Daniel Muñoz; Vázquez y Vega; Anacleto Dufort. Fue Carlos María Ramírez quien ejerció la dirección de LA RAZÓN desde 1893, compartiendo, hasta su muerte, esta actividad con su tarea legislativa.

Fue colaborador en la revista LA BANDERA RADICAL (1871), órgano del Club Universitario del que fue miembro fundador (1868).

⁵² ALVAREZ FERRETJANS, Daniel; *Crónica del Periodismo en el Uruguay*. Fundación Hanns Seidel.. Editado por Ingenio S.A. Montevideo, Uruguay. Pág. 154.

⁵³ *Ibíd.* Pág. 155

b. Eduardo Acevedo Díaz (1851-1921)

Habiendo participado en el ejército insurgente de Timoteo Aparicio, en la llamada “Revolución de las Lanzas” y siendo actor en los agitados sucesos de la década del 70, Eduardo Acevedo es desterrado a la Argentina.

El 18 de julio de 1895 EL NACIONAL aparece bajo su dirección, marcando su retorno a la actividad periodística.

“Al poco tiempo EL NACIONAL se convirtió en diario de sólido pensamiento político y dotado del poder de aglutinar no sólo a los jóvenes partidarios de la divisa blanca, sino a todos aquellos que, comulgando con los principios de dicho partido, no habían hallado hasta el momento un centro rector.”⁵⁴

El segundo decreto que amordazó a la prensa durante la presidencia de Idiarte Borda permaneció en vigencia durante cinco meses, del 3 de marzo al 24 de julio de 1897.

“EL SIGLO invocó contra ese decreto la ley de 1873, según la cual las facultades extraordinarias del poder Ejecutivo autorizadas por el artículo 81 de la Constitución, están limitadas por los artículos 83, 136 y 143, que establecen respectivamente que el presidente de la República no puede privar a individuo alguno de su libertad personal... y que nadie puede ser penado ni confinado, sin forma de proceso y sentencia legal...”⁵⁵

En la sala de redacción del mismo diario hubo una reunión de periodistas y como resultado se dirigió una nota a la Comisión Permanente:

⁵⁴ Op. Cit. Pág. 275.

“La prensa que conoce sus derechos, no puede prescindir de los deberes de su misión... La dignidad, la cultura, la civilización de nuestra patria quedan así comprometidas, desde que en la dirección de los destinos públicos asoman todavía persistentemente la tendencia tiránica y el espíritu estrecho de otras épocas.”

Al pie de esta nota estaban las siguientes firmas: por EL SIGLO, Eduardo Acevedo y Miguel Álvarez Susviela; por LA RAZÓN, Carlos María Ramírez y Carlos Bústemer; por LA CONSTITUCIÓN, Alfredo E. Castellanos; por LA ESPAÑA, Federico Escalada; por EL DÍA, José Batlle y Ordóñez, Antonio Bachini y Arturo Brizuela; por LA TRIBUNA POPULAR, Arturo Jiménez Pastor y José A. Lapido; entre otros.

Con esta nota se puede ver la coincidencia en el pensamiento político. Además Eduardo Acevedo firma por EL SIGLO, al cual recientemente se había unido.

⁵⁵ *Ibíd.* Pág.279